

Este emblema victorioso,
 Solo es digno de llevarlo
 El intrépido, el constante,
 El inmortal Degollado.
 A él se le deben los triunfos,
 A él merecen ensalzarlo;
 Este es premio de sus timbres
 De patriota y de hombre honrado;
 Yo, bastante me envanezco
 De estar entre sus soldados!"
 Y puso aquel estandarte
 De Degollado en las manos,
 Dejando de su modestia
 Y abnegación, un dechado,
 Que conservará la historia
 En sus inmortales fastos.
 Hay estampidos de gozo,
 Huracanes de entusiasmo;
 Arrojaban los sombreros
 Los circunstantes á lo alto,
 Y á lo lejos resonaba
 De la Marsellesa el canto,
 Sublime grito de guerra
 Contra los viles tiranos;
 Consigna de honra y victoria
 Para el pueblo soberano.
 Y empuñando el estandarte
 Con viva emoción Don Santos,
 Marchó seguido de Ortega
 Hasta llegar á Palacio.

ROMANCE DE LUTO Y LLANTO

DEL
 GRANDE AMIGO DEL PUEBLO

DON MELCHOR OCAMPO.

I.

ENTRADA PARA DESAHOGO.

No la pasión ardorosa
 Que á la rectitud burlando
 Reviste vulgares hechos
 Con las galas del milagro;
 No la admiración que ciega
 Adorna de pompa el átomo
 Para pintarle cometa
 Por entre brillantes astros,
 No; que la verdad severa
 Pone la pluma en mi mano
 Y á su luz, quiero que admiren
 Al grande Melchor Ocampo,
 Alma en alas del sublime
 Bebiendo de amor los rayos
 Para darle vida al pueblo
 Y acatarle soberano;
 Luz de bien, fuente fecunda
 De virtudes y amor patrio,
 De lo justo y de lo bueno
 Encantador receptáculo,
 De la caridad ejemplo,
 Eminente como sabio.

Después de tremendas luchas
 En la prensa y el Gobierno,

Al ver triunfante su causa,
Se retiró con sosiego
A su rancho de Pomoca,
Que alzó desde los cimientos,
A vivir de su trabajo
En medio de sus labriegos,
Que le amaban como á padre,
Y era la delicia de ellos.

LA PRISIÓN.

Está sentado á la mesa
Ocampo con Josefina
Su hija, á quien idolatraba
Porque ella lo merecía,
Cuando en tropel invadiendo
Aquella estancia tranquila,
Con turba de bandoleros
Un Don Lindoro Cajiga,
Vil escoria de la España,
De los mochos sabandija,
Cerca á Ocampo: «dése preso.»
Con voz airada le intima,
De su familia le arranca
Grosero y con tiranía,
Sin permitir que un instante
Dijese palabra á su hija.
El bandido guerrillero
Hacia Tepeji camina
Llevando consigo á Ocampo
A quien, feroz, martiriza.
En Tepeji está Zuloaga
Con su canalla maldita,
En donde Andrade se luce,
En donde Márquez domina,
Do dá la ley el despecho,
Donde se desfoga la ira,
Y do la rabia enconosa
Siembra despojos y ruinas.
Presentan al prisionero
A Zuloaga, á quien instigan
A que se mate en el acto
Sin demoras ni evasivas.
Estupefacto Zuloaga,

Lleno de dudas, vacila,
Y que se le forme causa
Con imperio determina.
Entre rugidos de enojo
De aquella hambrienta jauría
De verdugos que furiosos
Quieren destrozár la víctima,
Estaba Ocampo cual suele,
Entre lobos, cierva herida
Que la embisten, que la ultrajan,
Que rugiendo se le arriman
Causándoles su tortura
Contentamiento y delicia.
A una pocilga asquerosa
Al preso se le confina,
Sin luz, húmeda, malsana,
Pestilente, inmunda y fría.
El preso no abrió sus labios
Ni dejó su actitud digna.
A la vez un ayudante
Corriendo á Zuloaga avisa
Que han cogido prisionero
A Ugalde, á quien conocía
Por su valor indomable
Como jefe de guerrilla.
“Fusilen al prisionero,”
Zuloaga iracundo grita;
Y á Márquez la orden tremenda
Sus esbirros comunican.
Zuloaga siguió entre tanto
Sus trabajos de rutina,
Cuando tras de largo tiempo
Llega Andrade, se aproxima
Y le dice respetuoso
Que su orden está cumplida,
—¿Qué orden?—La que al prisionero
Se le quitase la vida.
—¿A qué prisionero?—A Ocampo
—¿A Ocampo?—Dios os maldiga,
Mandé fusilar á Ugalde.
—Se equivocó la consigna.
Y así á la traidora farsa,
Tan villana como inicua,
El alma negra de Márquez
Al grande hombre sacrifica.

LA MUERTE.

Del horrendo calabozo
 Sacaron al grande Ocampo
 Al lugar del sacrificio
 Sin ruido y sin aparato.
 Don Melchor marcha sereno
 Y con sosegado paso
 Por una extensa calzada,
 Y en vez de pedir descanso
 A sus terribles custodios,
 Pide tinta y papel blanco
 Para hacer su testamento,
 Que escribe correcto y claro,
 Que contiene dos plieguitos
 Y que tiene un solo tacho,
 Probando con elocuencia
 La tranquilidad de su ánimo.
 Prosigue entonces su marcha,
 Hacen los soldados alto,
 Manda dar unos dineros
 Melchor á los que más aptos
 Atravesaran su cuerpo,
 Y esperó sin sobresalto.
 Que se hinque, le manda el jefe
 «Así estoy bién» dice Ocampo;
 A lo alto de los fusiles,
 Los tiros son acertados.
 Reina profundo silencio,
 Se escucha la voz de mando:
 Un cadáver se vé inerte
 Sobre el suelo ensangrentado,
 Y la patria dolorida
 Sin consuelo vierte llanto.

Enero 30 1897.

GRAN ROMANCE

PARA

LOS POSTRES QUE TIENEN MUY ALTO EL PUNTO.

I.

PARA TENTAR VADO.

Suele, apagado el incendio
 Que amenazó furibundo
 Y que despide extinguido
 Negros nubarrones de humo,
 Quedar entre la ceniza
 Ardiendo tizón oculto,
 Que como que quiere fiero
 Levantarse con impulso
 Y revivir los horrores
 Que entre la hoguera no pudo:
 Así rencoroso Márquez
 Quedó en pie, buscó lo obscuro
 Después que de la Reforma
 Feliz se consumó el triunfo;
 Pero saltó de repente
 El tigre testarudo
 Confiado en su suficiencia,
 Impulsado por los suyos,
 Y en México, hasta San Cosme,
 Osado las plantas puso,
 Aguardando con confianza
 La cooperación de algunos,
 Acometiendo al Gobierno

Y poniéndole en un puño:
Y esto pasaba en principios
Del año sesenta y uno.

II.

SORPRESA.

La calma reina en Palacio,
Está tranquilo el Congreso,
Disertan los Diputados
Sobre si lo blanco es negro,
Cuando el sillón que sustenta
A un insigne oaxaqueño,
De pronto se desocupa
Porque se ausentó su dueño.
Se sabe entonces que Márquez
A San Cosme está batiendo,
Y llama al Coronel Díaz
Precipitado el Gobierno,
Para que al infame Márquez
Dé merecido escarmiento.
Díaz corre á la batalla
De bastón y alto sombrero,
Y en refriega encarnizada,
Que deja el suelo sangriento,
Despedaza al forajido,
Que el campo abandona huyendo.

III.

JALATLACO.

No es animal de escarmiento
El incorregible mocho,
Que si hace daño en el mundo,
Premio le espera en el otro;
Y contando con un fraile
Que le diga *ego te absolvo*,
Bien puede al asesinato
Entregarse y á los robos;

Que la religión defiende
Y tiene un Dios á propósito
Para urdir con él sus tramas
Y fomentar el trastorno.
Así es que lo de San Cosme
No sosegó el alboroto;
Zuloaga, Márquez y Vélez
Y Taboada eran demonios
Que aniquilaban los pueblos,
Que con incansable encono
Fusilaban liberales
Y se agitaban rabiosos,
De México esperanzados
En la ayuda y el socorro.
Ortega á Márquez persigue,
Y le secunda animoso
El mismo Porfirio Díaz
Que fué el azote de Cobos.
Márquez provoca, se escapa
Y tras giros engañosos
Se hace en Jalatlaco fuerte,
Que es pueblecillo corto
Con su parroquia chaparra,
Como ampolla su cimborrio
Y su alzado campanario
Para la defensa propio.
Parapetóse allí Márquez
Con sus jefes de más tono,
Zuloaga, Vélez, Taboada
Y ya no recuerdo qué otros.
Ortega á corta distancia
Se aprestó á embestir furioso,
Cuando descende la noche
Y en la tiniebla hunde todo.
En su seno se refugian
Los cristianos y los moros;
Todo sepulta el silencio
De su seno en lo más hondo,
Mas de súbito hay descargas,
Fuga, gritos dolorosos,
Combates encarnizados,
Inconcebibles destrozos;
La luz apresura el paso
Y descubre con asombro
La derrota furibunda

De los obstinados mochos.
 Y en medio de los heridos,
 Y rodeado de despojos,
 Se mira al General Díaz
 Que se yergue victorioso,
 Y fué quien el duro asalto
 Organizó motu proprio.
 Ortega, de su segundo
 Viendo el proceder heróico,
 Pidió al Gobierno su ascenso
 Por su mérito notorio,
 Y así se elevó Porfirio
 Acompañado del voto
 De la opinión poderosa
 Que justa le otorgó lauros.

Pero Mejía aparece
 Por la Sierra de Querétaro,
 Terrible y amenazante
 Porque era caudillo intrépido.
 Entonces á Tapia y Díaz
 Nombró acertado el Gobierno;
 Y en Pachuca se encontraron
 Los de Mejía y los nuestros,
 Desbaratando los jefes
 Aquel amago siniestro;
 Volviendo á sus madrigueras
 Mal parados y dispersos
 Los indomables serranos
 Que victorias predijeron.

IV.

VANGUARDIA.

De la invasión tripartita
 Se anunciaron las escuadras,
 Y en Veracruz aparece
 El Español Rubalcaba
 Pidiendo prenda pretoria

Y no sé cuantas patrañas.
 A Porfirio se designa,
 A Porfirio se señala
 Para que mande celoso
 De las fuerzas de vanguardia,
 Para que del enemigo
 Esté en constante atalaya
 Como defensa y escudo
 De los fueros de la Patria,
 Honor que le dió el Gobierno
 Y él ganó con sus hazañas:
 Y aquí viene la Reforma
 A cortarme la palabra,
 Porque la invasión francesa
 Su turno impaciente aguarda.

Enero 27 de 1897.

1853.

ROMANCE DE LEANDRO VALLE.

INTRODUCCIÓN.

Ira brotando los ojos,
 Fuego encendiendo el semblante,
 Y mordiéndose los labios
 Hasta exprimirles la sangre,
 Va por las calles de Puebla
 Furioso el Capitán *Valle*,
 Valiente joven que cuenta
 Veintiún inviernos cabales,
 Y á quien el renombre llama
 La flor de los militares.
 Pero en esta vez no atiende
 Ni á su porvenir, ni al auge
 Que su posición le ofrece,
 Que le brinda el imperante,
 Ni al castigo que le aguarda
 Si á desmandarse llegare.
 Ha tenido la noticia
 De que está preso su padre,
 A quien adora rendido,
 A quien venera constante,
 De su corazón encanto,
 Joya de su santa madre.
 Y Don Rómulo, un patriota
 Fué del excelso linaje
 A que dió Morelos vida
 Con hazañas inmortales,
 Que al dictador caprichoso
 Nunca quiso doblegarse.

Leandro *Valle* se dirige
 A casa del gobernante,
 Y poniéndose de frente,
 Altivo, sin saludarle,
 Le dijo: «Señor, yo vengo
 A deciros que al instante
 Me déis de baja en mi cuerpo
 Y en el Ejército, y manden
 Se me expida la absoluta
 Sin que un punto la dilaten:
 No puedo ser buen soldado
 Cuando me siento hijo infame;
*No puedo servir Gobierno
 Que tiene preso á mi padre;*
 No puedo en campo ni en plazas
 Llevar á mi lado un sable
 Que no sabe darle muerte
 A quien á mi padre ultraje...
 Y arrancando de sus hombros
 Las divisas militares,
 Y dejándole á un soldado
 A que guardara su sable,
 Soberbio dejó Palacio,
 Cual paisano, Leandro *Valle*.

1861.

Al cesar de la tormenta
 Suelen verse en el zenit,
 Girones de negras nubes,
 Trechos de limpio zafir,
 Grupos de blancas estrellas
 Y en el distante confín,
 Entre el velo de la lluvia
 El relámpago lucir.
 Sesenta y uno, tú el suelo
 De mi patria viste así:
 La Reforma se elevaba
 Triunfante, hermosa, feliz,
 Y volaban en su torno
 Nubes de guerra civil
 Que con sangre salpicaron

De su ventura el jardín.
 A reprimir los rebeldes,
 Valle tiene que partir;
 Valle, que entre los caudillos
 Es la flor y el Benjamín.
 ¡Oh, y más que nunca contento
 Esta vez marchó á la lid,
 Pues sueña tornar gozoso
 Sus laureles á rendir
 A las plantas de la hermosa
 Que con su divino «sí»
 Acaba de abrir las puertas
 De amor á su porvenir!
 Es la excursión tan ligera,
 Que diez soles ven su fin;
 Más ¿qué causa no aprovecha
 El corazón juvenil
 Para exhalar los torrentes
 De un amante frenesí?
 «¡Sí, que parta á la campaña
 Del corazón de un festín!»
 Dicen todos, y á la novia
 Alguien la ve sonreír
 De su estancia presenciando
 El animado trajín.

II.

La noche á México envuelve,
 Y en un apartado sitio,
 Tabernáculo de amores,
 De beldades concha y nido,
 Abren sus pétalos de oro
 Las flores del regocijo.
 Es una estancia pequeña
 Por do lanza el gas su brillo,
 Columpia en limpios cristales
 Formando de íris los visos,
 O cayendo en los espejos
 Que reproducen al vivo
 La estancia y sus concurrentes,
 Entre el nácar y el armiño
 De los amplios cortinajes;
 Se oyen concetos divinos
 Que se derraman y esparcen

En palpitantes sonidos;
 Gigantescos candelabros
 En que el arte peregrino
 Follaje remeda en bronce
 Que al aire se cree sumiso,
 Dejan caer sobre tazones
 De rosas y de jacintos,
 Como cascadas de oro
 De sus reflejos los hilos.
 Si es la embriaguez, el perfume,
 La música es el deliquio;
 Si es la juventud paraíso,
 Las mujeres de ojos lindos
 Son de ese Edén, serafines,
 Que, avaros, no han consentido
 De los encantos del cielo
 Abandonar los hechizos;
 Y cuando acentos y aromas
 En ardiente remolino
 Alzan oleajes de gasa
 En compases convulsivos;
 Cuando en el valse girando
 Cruzan, describiendo círculos,
 Ojos y senos y flores,
 Plumas, diamantes y rizos,
 Se trasponen delirantes
 Nuestros humanos sentidos;
 La música lleva aromas,
 Las luces vibran suspiros,
 En el éter nos halagan
 Invisibles los espíritus,
 Y el oro, el mármol, las flores,
 Como animados sentidos,
 Nos miran y nos halagan
 Y dan pábulo al delirio.
 En ese mar de deidades
 Y de jóvenes garridos,
 Valle conduce á su novia;
 ¿Qué le hablaba? ¿ó qué le dijo,
 Danzando, sílfide hermosa,
 Entre el altar y el abismo?
 ¿Qué dicen esas dos almas
 De dos que bailan unidos
 Y se aíslan en un concurso,
 Por su pasión protegidos?

¿Qué dicen las melodías
 Que llegan á sus oídos
 Á aprender de sus requiebros
 Los tonos más expresivos?
 ¿Qué dicen esos aromas
 Que empapan en sus suspiros
 Sus alas que luego plegan
 En la frente de los lirios?
 Y el alma de él, del misterio
 En el sublime prestigio:
 —Deja traer nuevos laureles
 Junto al tálamo, bien mío,
 Que la esposa de un soldado,
 Es su estrella en los peligros;
 No temas, que para escudo
 Robé á tu cabello un rizo,
 Que si no me hace invencible,
 Siempre de tí me hace digno.—
 Y el alma de ella responde
 Con la dulzura de un niño:
 —¿Qué me importan los laureles
 Ni el poder, ni su atractivo?
 Yo no te quiero soldado,
 Ni héroe; yo te quiero mío,
 Oscuro, y señor hacerte
 De mi alma y de mi albedrío;
 Pobre, para de caricias
 Y ventura hacerte rico;
 Y no llorara al dejarte
 Ni temblara del peligro
 Si yo sola recibiera
 Los reveses del destino,
 Y te creyera dichoso
 Yendo por tí al sacrificio.—
 Y en la frente del guerrero
 Tocan temblando los rizos
 Que se mecen sobre el cuello
 De la novia del caudillo,
 Cual las ramas de la acacia
 Sobre las ondas del río.....
 De vez en cuando interrumpe
 Valle, el baile: es un aviso
 De que en el cuartel se aprestan,
 De que ya el parque está listo,
 O en la calle, de la escolta

Se escucha el confuso ruido,
 Al estallar de los brindis
 Las palmadas y los gritos.
 Así, en un mar sosegado
 Bebe contento el marino,
 Y cantan los compañeros,
 Alistando precavidos
 Los útiles que les sirven
 Del naufragio en el conflicto.
 De pronto el silencio pasa
 Por el recinto sombrío,
 Y se ven los concurrentes.....
 Y se oyen lejanos gritos.
 ¿Qué fué? El silencio responde
 Que Leandro Valle ha partido;
 ¡Vuelve pronto y victorioso!
 Dicen valientes los chicos.....
 «Danza habanera, contento,
 Que la luz nos halle unidos.»
 La luz, de la amante novia
 Abrevia el hondo martirio,
 Y su llegada refleja
 Del balcón sobre los vidrios:
 Y en los ojos de la hermosa
 Que llora ausente al querido.

¡Pobre niña! apenas parte
 Aquel concurso lucido,
 Cuando se dirige al templo,
 Del tormento en el delirio,
 Y allí al frente de la Virgen,
 Al pie del pálido cirio
 Que arde á su frente, da rienda
 Á su dolor infinito.